
Salvo Vaccaro. Catedrático de filosofía política. Imparte la cátedra de Teoría política en la Universidad de Palermo. Sus intereses giran alrededor del pensamiento contemporáneo, tratando de identificar un hilo de pensamiento crítico de la modernidad con un evidente enfoque anarquista que guarde relación con la filosofía política del pensamiento francés (sobretudo Foucault y Deleuze) y la Escuela de Frankfurt (ante todo Benjamin y Adorno). Entre sus últimos trabajos: S. Vaccaro (Ed.), *Pensare altrimenti. Anarchismo e filosofia radicale del Novecento*, Eleuthera, Milano, 2011; S. Vaccaro (Ed.), *Agire altrimenti. Anarchismo e movimenti radicali nel XXI secolo*, Eleuthera, Milano, 2014; L. Bazzicalupo, S. Vaccaro (Eds.), *Vita politica contingenza*, Quodlibet, Macerata, 2016; S. Vaccaro, *Anarchist Studies. Una critica degli assioni culturali*, Eleuthera, Milán, 2016; S. Vaccaro, *Critique de la grammaire politique*, ACL, Lyon, 2017; O. Irrera y S. Vaccaro (s.d.), *La pensée politique de Foucault*, Kimé, París, 2017.

Contacto: salvo.vaccaro@unipa.it

EDITORIAL

EL PODER DE LA POSVERDAD

Salvo Vaccaro

Università degli studi di Palermo

THE POWER OF POST-TRUTH

En noviembre de 2016, Oxford Dictionaries eligió palabra del año *Posverdad*. El lema expresa una “relación o connotación de acontecimientos en los que los hechos objetivos son menos decisivos para formar la opinión pública que el uso de emociones y creencias personales”. (*Relating to or denoting circumstances in which objective facts are less influential in shaping public opinion than appeals to emotion and personal belief*). Acabábamos de salir de la sorpresa general del resultado del referéndum sobre el Brexit en el Reino Unido, así como de la sorpresa aún más inesperada, y a pesar de todas las encuestas, de la victoria de Donald Trump como presidente de los Estados Unidos de América. Dos hechos de naturaleza puramente política que evocan inmediatamente una *Post-Truth Politics*, es decir, una nueva era política marcada por la posverdad. Para ser honestos, este término había estado circulando durante al menos diez años en la literatura, partiendo, por ejemplo, de un libro (solitario) de Ralph Keys publicado en Estados Unidos en 2004, *The Post-Truth Era*, o de una palabra similar utilizada al año siguiente por el escritor norteamericano Stephen Colbert, *Truthiness*, en el primer episodio de su programa de sátira política *The Colbert Report*, que siempre significó para los diccionarios Oxford “la característica de aparecer o ser considerado verdadero, aunque no necesariamente verdadero” (*the quality of seeming or being*

felt to be true, even if not necessarily true) (Keyes, 2004; Colbert, 2005)¹. En el espacio de una docena de años, el término *posverdad* ha sido exorcizado de una dimensión ocasional o marginal a la discusión pública, con el fin de sumergirse con fuerza en el corazón de la opinión pública, del debate político contemporáneo.

La tensión entre verdad y posverdad en la política se vuelve incluso aguda y estridente, por no decir paradójica y surrealista, a mediados de enero de 2017, con ocasión de la instalación de Trump en Washington. Al día siguiente, en los medios de comunicación estadounidenses, se abre un debate sobre el número de personas reunidas en la capital para asistir extasiados al juramento del multimillonario estadounidense, especialmente en referencia al número de personas presentes cuatro y ocho años antes con ocasión de la inauguración de los dos mandatos del expresidente Barack Obama. Obviamente, la discusión es borrosa y partidista, los conteos, como de costumbre, son ondulantes, con números ampliamente oscilantes, y las imágenes que se traen para mostrar un número alto o bajo, en comparación con el pasado, están por supuesto condicionadas por el corte fotográfico o televisivo adoptado aguas arriba. Parecería que nada nuevo se registra en esa ocasión, siempre se aplica a cualquier evento político público en el que la cantidad es recompensada por el contenido de la propia manifestación, como si su calidad dependiera del número de consentimientos en la plaza. Sin embargo, y aquí se pone de manifiesto esta diferencia, comentando en el estudio de la NBC, como parte del programa de televisión *Meet The Press*, el debate sobre las imágenes propuestas ayer y hoy, Kellyanne Conway, consultora de la oficina de prensa del nuevo presidente Trump, comentó y declaró lo que dijo Sean Spicer, entonces portavoz jefe de la administración, al tiempo que impugnaba los datos de participación ofrecidos como inferiores a los de los tiempos anteriores, alegando en su lugar datos de una participación sin precedentes en la historia de los Estados Unidos: “Usted dice que son falsos, pero Sean Spicer está proporcionando *hechos alternativos*”. Y el periodista del estudio Chuck Todd respondió rápidamente: “Los hechos alternativos no son hechos, son falsedades (*You’re saying it’s a falsehood. And they’re giving – Sean Spicer, our press secretary, gave alternative facts, she said. Todd responded: Alternative facts aren’t facts, they are falsehoods*) (Bradner, 2017; Strong, 2017).

Aquí encontramos no solo un ejemplo típico de posverdad, es decir, de indiferencia ante cantidades objetivamente medibles, aunque con cierta dificultad, sino que vamos

1. Para Collins, «the quality of being considered to be true because of what the believer wishes or feels, regardless of the facts», mientras para Dictionary.com, «the quality of seeming to be true according to one’s intuition, opinion, or perception without regard to logic, factual evidence» (Colbert, 2005).

más allá del cuestionable hecho de un desacuerdo sin compromiso, tácticamente dirigido a eludir la mediación mediática para establecer un canal de comunicación directa entre el líder y las masas, para entrar en la era de los *hechos alternativos*: una curiosa reversión de la conocida frase de Nietzsche, según el cual, ingenuamente se diría ahora, “no hay hechos, solo interpretaciones”. En cambio, los hechos existen, pero no en su univocidad objetiva, sino en una duplicidad mutuamente alternativa cuyo arbitraje no puede deducirse de una posición neutral que garantice la objetividad, ni está disponible para una narrativa hermenéutica más o menos convincente, sino para la posición de poder desde la que se enuncia *ese* “hecho alternativo” considerado verdadero.

Podríamos redimensionar el chiste del consultor y portavoz de Trump, ambos despedidos de la Casa Blanca, como un infeliz error en un momento de euforia bajo el enésimo ataque de los principales medios de comunicación estadounidenses, que habían digerido mal su derrota en su pretensión de dirigir el cuerpo electoral, obviamente ya no sintonizados con ellos, por el control populista directo entre el candidato presidencial y la masa de votantes potenciales capaces de eludir el filtro oficial de los medios de comunicación, así como por el declive de ciertos medios de comunicación tradicionales abrumados por el ritmo apremiante y acelerado de las redes sociales, cuyos contenidos son cada vez menos controlables por los profesionales (más o menos imparciales) de la información (*fact-checking*). Sin embargo, la trinchera de los *alt-facts*, coherente con la ideología de la *alt-right* que quiso fuertemente a Trump en la presidencia estadounidense, no debería, en mi opinión, ser subestimada, especialmente en tiempos de populismo creciente. Sin embargo, el factor crucial es identificar correctamente el vínculo entre la verdad y la política, no ya bajo el signo de la verdad, como sugiere el prefijo *post-*, sino bajo el signo del poder.

Referencias

- Bradner, E. (23 de enero de 2017). Conway: Trump White House Offered “Alternative Facts” on Crowd Size. *CNN*. Recuperado de www.cnn.com.
- Colbert, S. (Productor). (2005). *The Colbert Report*. [serie de televisión]. Nueva York, EU.: Comedy Central.
- Keyes, R. (2004). *The Post-Truth Era*. New York: St. Martin Press.
- Strong, S. I. (2017). Alternative Facts and the Post-Truth Society: Meeting the Challenge. *U. Pa. L. Rev. Online*, 165(137), 137-146.